

EL ARMISTICIO COLOMBO-ESPAÑOL DE 1820

Hace 150 años el espíritu de libertad del pueblo español se rebeló contra el absolutismo de Fernando VII y trajo como consecuencia a América el armisticio y la regularización de la guerra de independencia. Tal suceso terminó con la crueldad bélica imperante y fue sellado dignamente en la aldea de Santa Ana por el Libertador y Presidente de Colombia Simón Bolívar, y el Comandante del Ejército Expedicionario de España en Tierra Firme, Teniente General, Conde de Cartagena, don Pablo Morillo.



Mayor

ROBERTO IBAÑEZ SANCHEZ

El heroísmo del pueblo español en su guerra de independencia opacó el brillo de la estrella napoleónica en Europa y restituyó por segunda vez el trono a Fernando VII. Lamentablemente este monarca no comprendió, o no quiso entender las lecciones trascendentales del momento histórico y en vez de respetar ciertos hechos lógicamente derivados de un período revolucionario, se dio a la tarea de borrar cualquier reforma que en su ausencia hubiera ocurrido por justa o conveniente que fuese. Tal reacción del absolutismo fue fatal para la grandeza de la Madre Patria y la sangre que sus hijos derramaron por su gloria y libertad, se estrelló contra la tiranía.

Obviamente, las colonias ultramarinas de España no podían ser una excepción, con tal fin zarpó la primera expedición pacificadora de 1815 y ante su impotencia frente al espíritu de los patriotas americanos, se ordenó preparar otra más poderosa a finales de 1819.

Pero el 1º de enero de 1820, el Coronel Rafael del Riego, Comandante de uno de los Regimientos del Ejército Expedicionario, se levantó contra el gobierno, y al grito de "Viva la Constitución de 1812", inició la revolución que propició la transformación política de España y dio al traste con los deseos de Fernando VII y sus ministros de someter a toda costa la América Hispánica.

Como directa consecuencia del triunfo revolucionario, en los primeros días de abril llegaron circulares y órdenes a

Morillo a fin de que el ejército expedicionario en Tierra Firme jurase la Constitución, y ofreciese la paz a los rebeldes, mediante una reconciliación fraternal sin perjuicio de la integridad territorial de la nación española. Tal situación obviamente desconocía los poderes absolutos del Pacificador y le dejaba paralizado respecto a la conducción de los asuntos políticos y militares en Venezuela y la Nueva Granada.

"Están locos en Madrid, gritaba a voz en cuello, no saben lo que mandan: no conocen el país, ni los hechos, ni las circunstancias. Quieren que yo me abata a tratar con los que he combatido; que pase por la humillación de llamar amigos a los sediciosos y hermanos a los que he herido en lo más vivo como enemigos y como rebeldes... Así se perderá todo. Yo obedeceré; pero no hay que contar más con sujetar estas provincias" (1).

Mas, recapacitando posteriormente y sin otra alternativa, publicó en Caracas el "código político de la monarquía", contestó oficialmente al Ministro "que le era grato ver restablecida la constitución de 1812" y dio libertad a los numerosos presos políticos que en la oscuridad de las prisiones sufrían las consecuencias de su amor a la patria. Sobre el particular, dado el temperamento ideológico del Pacificador, resulta curiosa su proclama: "Vosotros, estéis donde estuviéreis y sean cualesquiera vuestras opiniones, acciones y circunstancias, podéis venir a vuestras casas a gozar de la tranquilidad de vuestros hogares y de las ventajas del gobierno representativo que acaba de

jurar la Nación y que nos hace libres como debemos serlo" (2).

Asimismo comunicó a su Segundo, el General Miguel de La Torre, los acontecimientos de la Península y la conducta a seguir por parte del Ejército Expedicionario en los siguientes términos:

"Mi estimado La Torre: Por un barco que acaba de llegar de Santander en 30 días, he recibido cartas del Conde de Maniella desde aquel puerto y de otras varias personas, con Gacetas extraordinarias de Madrid de que acompaño copia, y por donde verá usted que S. M. ha jurado la constitución, y establecido una junta de gobierno provisional hasta la reunión de las Cortes.

Nosotros seguiremos la suerte de la Nación porque ese es nuestro deber, y aguardaremos las órdenes que procedan del nuevo sistema de gobierno para obedecerlas; debiendo congratularnos entre tanto con que las variaciones ocurridas se han verificado sin desgracia alguna ni la menor efusión de sangre. Las últimas cartas que tube de Cádiz del 4 de marzo nada anunciaban de estas ocurrencias ni por allí había más que las fuerzas de Quiroga, bloqueadas en la Isla por la Marina y el General Freyre, lo que prueba que allí ignoraban lo que pasaba en el Norte de la Península, Galicia, Asturias, Aragón, Cataluña, Murcia, etc., habían proclamado la constitución, todo con la mayor tranquilidad, y sin haberse derramado sangre.

Sirvale a usted esto de gobierno, y aguardamos las prevenciones que se nos hagan, y las muchas novedades

que en todos sentidos debe producir una mudanza tan repentina" (3).

Luego, para cumplir la parte más difícil del mandato del nuevo gobierno, la reconciliación con los rebeldes, estableció en Caracas una junta llamada "Pacificadora", que se dio a la tarea de buscar contacto con los principales jefes patriotas. Primero trató de halagar vanidosamente a Páez, Bermúdez, Zaraza, Rojas, Cedeño, Montes, Montilla y al Gobernador de la Isla de Margarita, manifestándoles que él, como Presidente de la Junta, estaba autorizado para tratar particularmente con los gobiernos y jefes disidentes, mientras sus comisionados cumplían al Congreso y a Bolívar el mismo encargo, y daba instrucciones a las tropas de suspender hostilidades por un mes, contándose a partir del recibo de la comunicación. Por fortuna, el espíritu republicano estaba suficientemente madurado en todos los Generales de la nueva Colombia y así limitáronse a contestar que ellos no estaban autorizados por el gobierno; por lo que muy a su pesar, hubo de dirigirse por intermedio de Latorre a Bolívar proponiéndole armisticio.

Nombró al Brigadier Tomás Cires y al Superintendente de Hacienda Pública José Domingo Duarte, a Angostura, y a Juan Rodríguez del Toro y Francisco González de Linares, a Cúcuta, a tratar con el Congreso y el Libertador, respectivamente. La primera comisión tuvo al principio serios tropiezos cuando el vicepresidente Peñalver les impidió desembarcar en ese Puerto del Orinoco y advirtió públicamente a los

pueblos la falsía y malevolencia de España.

La segunda, con el venezolano José María Herrera, quien en el camino había reemplazado a Rodríguez del Toro, por enfermedad, tal vez intencionalmente desvió el camino del Cuartel General de Bolívar, por lo que este contestó a Latorre su protesta pero aceptó la suspensión de hostilidades por el término de un mes, declarando que "Usía podrá muy bien indicarles la ruta que deben seguir en caso de venir a tratar con el Gobierno de Colombia de paz y amistad, reconociendo esta República como Estado Independiente, Libre y Soberano... Si el objeto de la misión de esos es otro que el reconocimiento de la República de Colombia, usted se servirá notificarles de mi parte que mi intención es no recibirlos, y ni aún oír ninguna otra proposición que no tenga por base este principio" (4).

El Libertador plenamente convencido de la unidad de criterio de los jefes patriotas alrededor de la independencia de Colombia, partió a inspeccionar el Teatro de Operaciones de la Costa Atlántica, dejando a Rafael Urdaneta y Pedro Briceño Méndez encargados de proseguir las conversaciones siguiendo la anterior línea de conducta. Pero como los españoles sostuvieran sus propuestas, los comisionados del Libertador contestaron "que no estaban autorizados para sellar los males de Colombia sometiéndola a España, sino para promover sus intereses y derechos, constituyéndola libre, independiente y soberana, y que... los defensores de la justicia y la libertad, lejos de ser hala-

gados por las ofertas de un mando ilimitado, reciben un verdadero ultraje al verse confundidos con las almas groseras que anteponen la opresión y el poder a la sublime gloria de ser los libertadores de su patria" (5).

En esta forma concluyó la primera parte del armisticio cuyo único resultado fue la suspensión de hostilidades de un mes para el Ejército del Norte aun cuando a Páez se le ordenó mucha prudencia en las operaciones; quedando la Guardia y la Tercera División realista separadas por el Puente de La Grita como línea divisoria. Morillo manifestó al gobierno de la Península, en cartas del 26 de julio y 6 de agosto, que "era un delirio persuadir a esta parte de la América a unirse con ese Hemisferio adoptando la Constitución política de la monarquía española"; reclamó que después de seis años de servicio en América convenía su relevo del mando y solicitó autorización de presentarse al Congreso nacional a justificar su conducta. Por su parte, Latorre retiró su Cuartel General a Mérida.

Sin embargo, este primer intento de armisticio tuvo trascendentales resultados para la causa independiente; se aseguró el reconocimiento del Estado Colombiano por sobre cualquiera otra consideración y como directa consecuencia, muchos realistas venezolanos tomaron conciencia de su patria natural y abandonando en masa algunos cuerpos españoles pasaron a engrosar las filas de la República; así fuéronse produciendo la sublevación del Batallón Clarines en junio, la desertión de casi toda la columna del Coronel Arana

en Oriente y los pronunciamientos de Reyes Vargas, Torrealba y Silva en Occidente.

A su regreso del frente Norte de la Nueva Granada, el Libertador se dio a la tarea de explotar convenientemente los anteriores resultados para lo cual pareció oportuno continuar su correspondencia con Morillo pasando por alto el parecer de algunos de sus destacados subalternos. Es de anotar que en este tiempo se incorporó al Estado Mayor General, Antonio José de Sucre, cuyo extraordinario talento militar debió influir notablemente en el curso de las operaciones. Duarte Leveí al respecto, dice:

“Entró desde entonces Sucre a ser unas veces ministro de la Guerra, y como tal le vemos figurar en octubre y noviembre, y otras jefe de Estado Mayor General.

Con la llegada de Sucre a estos puestos coincide un cambio completo, así en la política militar como en las operaciones de la guerra. El Libertador, que había rechazado todo arreglo con España que no tuviese por base el reconocimiento de la independencia, varía de modo de pensar, y el 21 de septiembre propone aceptar el armisticio que Morillo le había ofrecido en julio.

Al mismo tiempo marchan tres cuerpos a ocupar rápidamente a Mérida y a Trujillo, y se activan las operaciones sobre Santa Marta. Salta a la vista que el plan era hacerse dueño de las tres provincias, para cuando viniese la suspensión de las hostilidades quedasen en poder de Bolívar, como en efecto sucedió” (6).

En relación con las operaciones militares que alcanzaron la rápida ocupación de las ciudades de Mérida y Trujillo, el Ministro de Guerra informa a los Vicepresidentes de Venezuela y Colombia en los siguientes términos:

“Una rápida marcha ha libertado, sin perder un hombre, las dos patrióticas Provincias de Mérida y Trujillo, en menos de 15 días.

El 2 entró la Guardia del Libertador en Mérida. Destacados de allí 40 hombres de caballería, a las órdenes del señor Coronel Rangel, pasaron por la noche el Páramo de Mucuchíes y el 3 al amanecer, dieron con el todo del enemigo. Solo aquel jefe, con los Coronels Gómez, Infante y Mayor Segarra y siete dragones bastaron para atacar la retaguardia de la 3ª división española y tomarles todo su parque de víveres y municiones, 14 fusileros armados, matándoles 4 oficiales y 6 soldados. Ya antes había tomado el equipaje del Obispo de Mérida, que hace de caudillo y de proveedor de esta división; el equipaje se envió a la Catedral de aquella ciudad.

Los cuerpos de infantería de la división siguieron su marcha en este orden: el Coronel Carrillo, con 500 selectos fusileros, picaba la marcha del enemigo, el resto de la Guardia, a las órdenes del Segundo Jefe Coronel Plaza, según el mismo movimiento, pero con más lentitud para no molestar las tropas.

Nuestra descubierta de caballería, a las órdenes del Coronel Gómez, alcanzó la división enemiga en estas inmediaciones; y la ha perseguido constan-

tements, por más de seis leguas, hasta Santa Ana.

El Coronel Rangel, con un piquete de cazadores, ha ido en persecución del Obispo, que con 200 fusileros fue a embarcarse por Moporo. En Betijoque encontró al Gobernador de esta ciudad con una guarnición, la derrotó y la tomó prisionera.

Los enemigos, de paso por esta ciudad, hicieron horrores inauditos. Un refinamiento de barbarie ha marcado los pasos de estos constitucionales: con menes sangre femenina que en Turbaco, pero con más torpeza aún. Las damas principales de esta ciudad fueron obligadas a cargar pertrechos como bestias. Ultrajar, mentir, saquear y obrar a la española es la misma y será siempre, según parece, la conducta de este ejército de bandidos que en su impudencia publican nuestra derrota por el Sur, a fin de cubrir su infame fuga; añadiendo que Calzada y el Obispo de Popayán nos persiguen de cerca. Aquí se asegura la toma de las ciudades de Cumaná y Barcelona por nuestras tropas, y que la suerte de Morillo es tan desesperada que ha convocado un Consejo de Generales para tratar de la evacuación de Venezuela: cuéntase igualmente la llegada del Marqués de Casa León a Guayana, Diputado de las Cortes.

La nueva 3ª división expedicionaria va destruída, tanto en su personal como en su material, pues, en cuanto a su moral nunca la ha tenido desde que su modelo quedó en Boyacá.

Estos bellos países están exaltados de placer al verse rescatar por las armas de Colombia y todo nos promete que la

campana del año 20 será como la del año 13, que por todas partes marcó la victoria" (7).

En esta forma, Morillo acosado por las circunstancias de tan fulminante campana, la ocupación de Barcelona por Monagas y el reconocimiento de los gobiernos suramericanos por el Congreso de Norteamérica, el 20 de octubre oficia al "Libertador Presidente" el viaje de sus comisionados al Cuartel General del Ejército Republicano.

Entre tanto, el Jefe realista avanza con 2.500 hombres y ocupa Carache luego de heroica resistencia de los Coroneles Juan Gómez y Juan Mellao, quienes como avanzada patriota ocupaban con solo 30 hombres aquella población.

O'Leary detalla cómo un infortunado incidente del Coronel español Pita, estuvo a punto de romper las negociaciones:

"El Teniente Coronel Pita, adjunto al Estado Mayor de Morillo, fue enviado por este, so pretexto de acompañar un parlamentario independiente que regresaba a Trujillo; pero con el verdadero objeto de sondear al Libertador, con respecto a la negociación pendiente. Este oficial fue recibido con la misma cortesía y hospitalidad con que Morillo trataba a los edecanes de su rival, y naturalmente fue invitado a la mesa del Libertador. En el curso de la conversación, Pita dijo que estaba autorizado por el General en Jefe para informar al Libertador, de que si volvía a sus posiciones de Cúcuta, se facilitaría mucho la negociación. «Diga usted al General Morillo de mi parte, contestó

el Libertador irritado, que él se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta, dígame usted también que cuando fugitivo de mi patria, mientras él la estaba oprimiendo a la cabeza de un ejército numeroso envanecido con sus triunfos, yo, acompañado por unos pocos proscritos, no temí buscarle: y que cuando apenas tenía a mis órdenes unas pocas guerrillas, jamás me retiré sino disputando el terreno palmo a palmo, y por último, que hacerme semejante proposición, ahora que cuento con un ejército más numeroso y disciplinado que el suyo, es un insulto que yo devuelvo con desprecio» (8).

Superado este impase con la satisfacción personal de Morillo al Libertador, llegaron los comisionados españoles a Trujillo donde fueron recibidos por Sucre, Briceño y José Gabriel Pérez, encargados por Bolívar de integrar la comisión para el armisticio; al tiempo que el Gobierno de la naciente república se trasladaba a la Villa del Rosario de Cúcuta a fin de dar facilidades al Libertador en la conducción política y militar de la guerra.

Se deduce por el análisis de las comunicaciones entre Morillo, el Libertador y los comisionados, cómo realmente el estado desesperado de su situación psicológica obligó al Pacificador a aceptar la mayoría de los puntos de vista republicanos.

El 25 de noviembre fue firmado el armisticio que se ratificó al siguiente día por Bolívar y Morillo; aparte de este se produjo, a iniciativa de Libertador, otro para la regularización de la guerra. En el primero se suspendían

las hostilidades por el término de un mes, fundamentado en la buena fe de las partes y teniendo como límite territorial entre los dos ejércitos, la siguiente línea divisoria: Desde la desembocadura del río Unare en el mar, aguas arriba hasta su nacimiento, de allí a las corrientes del río Manipirí hasta el Orinoco; siguiendo la rivera izquierda de este río hasta el Apure; del Apure hacia occidente a encontrar el Santo Domingo y por este a la ciudad de Barinas, de la cual se debía tirar una línea recta hasta Trujillo y de esta ciudad siguiendo la línea divisoria de la provincia de Caracas. Carache y Barinas quedaron como puestos avanzados de observación realista y patriota, respectivamente, pero con solo una fuerza de 25 hombres. A los Puertos de Maracaibo y Cartagena se les permitió su comunicación con el interior a efecto de su abastecimiento y el paso de tropas por territorio español se acondicionó a que fueran mandadas por un oficial de ese ejército. Sin embargo, la condición más fuerte impuesta a Morillo, fue la prohibición para España de efectuar desembarcos durante este tiempo, es decir, hasta el 26 de abril de 1821, día en que podían reiniciarse las actividades bélicas.

El tratado de regularización de la guerra puso término a la horrible crueldad con que se peleaba desde 1810; tuvo su origen en los sentimientos humanitarios del Libertador y en el deseo de Morillo de reivindicarse ante los americanos, cuando ya el gobierno peninsular había autorizado su relevo con fecha 13 de septiembre, y se aprestaba

a entregar el mando del Ejército Expedicionario al Mariscal don Miguel de La Torre. Contiene 14 puntos sobre trato humano a los prisioneros de guerra, canje de estos, cuidados especiales con los heridos; respeto de las opiniones de los pueblos y cristiana sepultura a los muertos.

Mucho se ha discutido respecto de las consecuencias unilaterales del armisticio; algunos generales de Colombia no estuvieron muy de acuerdo con su establecimiento, basados en la presunta superioridad anímica y moral de las fuerzas patriotas; mas, si hemos de analizar conscientemente sus efectos, encontraremos cómo desde ese momento España a través de su representante directo, el General Morillo, reconoció la existencia del Estado Colombiano y la opinión de los pueblos se volcó en favor de la causa republicana.

La posterior entrevista de Bolívar y Morillo selló dignamente el armisticio; O'Leary testigo presencial del suceso, narra sus pormenores en la siguiente forma:

“Concluído tan importante negociado, manifestó el General Morillo vivos deseos de conocer personalmente a Bolívar, y solicitó una entrevista por medio de sus comisionados, a la que de buen grado se accedió. Escogióse para verificarla la miserable aldea de Santa Ana, por hallarse a igual distancia de ambos campamentos. En la mañana del 27 de noviembre se presentó el General Morillo en el lugar señalado, con una escolta compuesta de un escuadrón de húsares y acompañado por cosa de cincuenta oficiales de rango,

entre los cuales se hallaba el General La Torre. A poco rato llegué yo a anunciarle al General Morillo que el Libertador estaba en camino y no tardaría en llegar. El General me preguntó qué escolta traía el jefe de la República, contestéle que solo venían en su séquito diez o doce oficiales y los comisionados realistas, y que no traía escolta. «Bien» dijo Morillo, «muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad; voy a dar orden a los húsares para que se retiren». Así lo hizo inmediatamente. Preguntóme luego quiénes eran los oficiales españoles particularmente odiosos al presidente; y habiendo satisfecho yo la pregunta, observó que ninguno de ellos estaba presente.

Poco después se divisó la comitiva del Libertador, en la colina que domina el pueblo de Santa Ana. Morillo, La Torre y los principales oficiales se adelantaron a encontrarse. El general español iba de riguroso uniforme, llevando las órdenes militares y demás insignias recibidas del soberano por sus servicios. Al aproximarse las dos comitivas, quiso Morillo saber ¿cuál era Bolívar? Al señalárselo exclamó: ¿Cómo, aquel hombre pequeño de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula? No había acabado de hablar cuando el hombre pequeño estaba a su lado, y al reconocerse los dos generales, echaron ambos en el acto pie a tierra y se dieron un estrecho y cordial abrazo. Después de este saludo se dirigieron a la mejor casa del pueblo, donde el General Morillo había

hecho preparar un sencillo banquete en honor de su ilustre huésped.

En el curso del día y durante la comida, se habló alegremente sobre los sucesos de la guerra. Sentimientos de noble generosidad fueron el tema de las conversaciones de aquel día que vino a ser tan memorable en los anales de Colombia. Los principales personajes dieron ejemplo de mutua tolerancia; Bolívar parecía perdonar la equivocada fidelidad que había privado a la patria de tantos de sus más distinguidos hijos, y Morillo, con igual tacto, respetó la política rigurosa adoptada por su rival para asegurar la independencia de Colombia. Cada cual admiró la constancia de su adversario en vencer los obstáculos que se le opusieron, pues parecía que los hombres y la naturaleza se hubiesen esforzado en contrariar sus designios. De ambos lados se concibieron esperanzas de que ningún incidente desgraciado les obligaría a renovar las hostilidades. Bolívar quiso que en caso de duda sobre algún punto del tratado, se sometiera y decidiera por un arbitramento de comisionados nombrados al efecto, y por su parte dijo que escogía desde luego al General Correa, español de nacimiento, hombre de honor y justiciero. El General Morillo propuso la erección de un monumento en el sitio en que había abrazado a su rival, para recordar a las generaciones futuras la sinceridad con que los beligerantes, representados por sus jefes respectivos, en el primer momento de calma, habían relegado al olvido sus rencores personales y la nacional antipatía. Esta idea generosa fue

acogida por Bolívar con placer, e inmediatamente pusieron manos a la obra los oficiales patriotas y realistas allí presentes. Y uniendo sus esfuerzos arrastraron una gran piedra cuadrada hasta el sitio indicado, para que sirviera de base a la columna propuesta. Sobre esa piedra, los jefes que por tan largos años habían combatido como adversarios con tanta saña, renovaron sus ardientes votos de concordia y humanidad. La noche puso fin a los regocijos del día, pero no separó a los generales rivales. Bajo un mismo techo y en un mismo cuarto durmieron profundamente Bolívar y Morillo; desquitiéndose tal vez de las muchas noches de vela que mutuamente se habían dado.

Al día siguiente Morillo acompañó al Libertador hasta el sitio mismo en que se habían encontrado por primera vez, como amigos. Allí se despidieron y separaron para siempre. Todavía existe, en memoria de esta interesante entrevista, la tosca piedra que ellos y sus oficiales colocaron en aquel lugar.

Coincidencia singular: el filantrópico tratado que hizo desaparecer el sanguinario carácter de la guerra, y estableció un código más suave y conforme a la civilización que el que rige en las naciones más adelantadas de Europa, se firmó y ratificó por Bolívar, en la misma casa en Trujillo, en que siete años y medio antes había firmado el terrible decreto de la guerra a muerte" (9).

Luego de la anterior entrevista, el 2 de diciembre, Morillo hizo entrega oficial del mando al Mariscal La Torre

y el 17 se embarcó en Puerto Cabello dejando a los realistas venezolanos en absoluta consternación.

"Morillo vio perdida la situación y se retiró oportunamente. Fue muy franco y muy explícito con su Gobierno y se le dejó desamparado. Dadas las circunstancias, él no pudo hacer otra cosa. Cuánto debió sufrir el altivo español al convencerse de su fracaso, lo revela su despedida, tan sentida como conmovedora, al separarse del batallón Valencey, que desde su creación le acompañó en la Península, y más que amargura debió experimentar al ver que las 800 plazas de que se componía, la mayor parte eran venezolanos, pues los españoles habían perecido" (10). Bolívar, a su turno salió de Trujillo a inspeccionar la línea fronteriza y en Barinas tuvo conocimiento del pronunciamiento de Guayaquil el 9 de octubre en favor de la independencia, situación que a más de animar al Ejército Libertador, produjo favorable reacción en la opinión pública y aumentó la desmoralización de las huestes realistas.

Podemos así concluir que el año de 1820 es el año de la reconciliación de España y América como fruto del espíritu de sus pueblos; nace y se desarrolla la libertad en la Madre Patria y consecuentemente se asegura la de sus hijos en ultramar. Es verdad que la guerra de independencia continuó

otros cuatro años, pero en condiciones bien distintas; desapareció la barbarie, el valor marchó acompañado de la humanidad, la gloria del honor, y la victoria de la generosidad; de tal manera que cuando los estandartes hispanos descendieron de los Andes al mar con rumbo a la tierra castellana, el tricolor incólume de Colombia rindióles tributo de veneración; porque la raza del Cid y de Pizarro, del Gran Capitán y de Quesada al fusionarse con la sangre indoamericana, a más de engendrar sus virtudes y crear nexos indestructibles de hermandad, enseñó al mundo de los bárbaros cómo para honra de la humanidad y bendición de los pueblos, se conquista sin exterminio y se coloniza sin complejo racial.

NOTAS

- (1) Vida y correspondencia general del Libertador Simón Bolívar. Felipe Larrazábal, Tomo II - 32.
- (2) Id.
- (3) Archivo del Mariscal Miguel de La Torre, Tomo III - 215 - 216, Academia Colombiana de Historia.
- (4) Memorias de O'Leary, Tomo XVIII - 265.
- (5) Memorias de O'Leary, Tomo II, Narraciones - 39 edición 1952.
- (6) Historia Militar y Civil de Venezuela. Duarte Level - 364.
- (7) Memorias de O'Leary, Tomo XVII - 493.
- (8) Memorias de O'Leary, Tomo II - 49, Narraciones edición 1952.
- (9) Memorias de O'Leary, Tomo II - 58 Narraciones edición 1952.
- (10) Historia Militar y Civil de Venezuela. Duarte Level - 369.